



*EN LA CHORRERA,*  
*VIERNES 23 DE SEPTIEMBRE DE 1910, 14:15*

Hoy le he preguntado al capitán Camino Reigado<sup>1</sup> si podía dar permiso a uno de sus hombres, Stanley S. Lewis, para que venga conmigo y la Comisión como criado. Él se opuso enseguida (me pareció que estaba preocupado y receloso), arguyendo que el reglamento del puerto de Iquitos le obligaba, so pena de multa, a regresar con todos y cada uno de los miembros de su tripulación. Le pregunté de qué tipo de multa se trataba y me respondió que iría a buscar su libro de reglamen-

1. En los diarios de Roger Casement encontramos los mismos nombres escritos de distintas maneras en numerosas ocasiones (Reigada en vez de Reigado, Crichley en lugar de Crichlow o Levine donde debería decir Leavine). Para facilitar la lectura, en esta edición hemos optado por unificarlos, eligiendo el nombre real de personas y lugares siempre que nos ha sido posible identificarlo. (Salvo que se indique lo contrario, todas las notas son de las traductoras).

tos. Yo le expliqué que, por supuesto, mi petición dependía únicamente de su competencia para ceder a este hombre, así como de su buena voluntad para dejar que se marchara —rechazaría llevármelo si sus servicios a bordo fueran muy necesarios—. Asimismo, si el reglamento del puerto de Iquitos era tal y como él decía, entonces, daríamos el asunto por zanjado.

Al referirle estos hechos a Bishop (y a los señores Barnes y Fox), me dijo que el *señor*<sup>2</sup> Macedo había estado actuando a nuestras espaldas y que esta mañana, cuando por intermediación de un obrero barbadense yo estaba hablando con una multitud de indios que se encontraban en la puerta de un almacén para conseguir sus raciones, el *señor* Macedo había mandado a Lawrence, el cocinero, que se pusiera detrás y escuchara lo que yo decía. Mis preguntas habían sido de lo más inocente —las formulé en voz alta y en términos generales—, como las que cualquier viajero haría sobre las costumbres y hábitos de un pueblo que no conoce.

A propósito de esto, el barbadense con el que estaba hablando señaló a un joven indio, posiblemente un *muchacho de confianza*, que, según él, «había matado ya a un montón de hombres», ¡pero «aún no estaba civilizado»!

El señor Fox estuvo allí sin hacer nada durante todo el tiempo que hablamos y el propio *señor* Macedo también se acer-

---

2. La cursiva marca las palabras que aparecen en español en el original.

có y se mantuvo al margen sonriendo abiertamente, aunque sin entender los comentarios, ¡de ahí que necesitara al cocinero!

Bishop continuó diciéndome que, tal y como me había contado en Iquitos, después de que él se hubiera ido de Último Retiro, un tal señor Rutter, un joven empleado inglés de la Compañía, le había pedido que le diera detalles sobre los malos tratos que Montt cometió contra Dyall hace ya tiempo. Él escribió los hechos para este señor Rutter, tal y como me los relató a mí, y después se marchó de La Chorrera hacia Iquitos. Gracias a los barbadenses que se encuentran aquí, ahora Bishop ha averiguado que, después de que se hubiera marchado el Liberal, de alguna manera el *señor* Macedo se había enterado de la existencia de estos escritos sobre Dyall y, amenazándoles, les había interrogado a todos.<sup>3</sup> Todos ellos negaron que supieran algo del documento, así que les dijo: «En ese caso, sólo queda Bishop, y se ha marchado»; después, los había amenazado a todos con dispararles si decían algo en contra de él. Les había dicho: «No os dispararé yo mismo, pero puedo conseguir fácilmente que os maten», y también les había amenazado con el *cepo*. Esto ocurrió el pasado agosto, hace unas cinco semanas.

Bishop dice que todos los hombres querían venirse conmigo, que no creen que estén a salvo una vez que yo me haya

---

3. *Nota al margen de R. C.*: El señor Rutter ha vuelto a casa; tenía la intención de hacerlo en el Liberal esta vez, pero Barnes me ha dicho que se había asustado y quería largarse.

ido. Les he dicho a los *señores* Tizón y Macedo que, si lo estimaban conveniente, hoy querría hablar con todos los barbadenses de la estación. Se han mostrado de acuerdo y me enviarán a los hombres a las 15:00 en punto. Inmediatamente después de que sucediera esto, vi que Macedo mantenía una conversación seria a bordo del Liberal con el capitán, quien, por supuesto, le había hablado de mi entrevista con Lewis y Clarke.

Bishop dice que a uno de los barbadenses —Donald Francis, el hombre con el que casualmente hablé en la puerta de la tienda— le gustaría mucho irse y venir con nosotros; como de costumbre, le han encomendado tareas horribles y está harto de ellas, y además tiene una «esposa» india a punto de dar a luz un niño y está deseando sacarla de aquí también a ella. Yo le he dicho que, en cualquier caso, mi intención era solicitar que me dejaran llevarme a este joven —pues los señores Barnes y Fox me habían pedido que les trajera a un barbadense, ya que el intérprete está enfermo y Garrido también se queja y puede que no continúe— y que yo pensaba que este joven podría ser un buen criado.<sup>4</sup> Bishop dice que todos querrían irse ahora —están asustados— ¡y añade que el *señor*

---

4. *Nota al margen de R. C.:* Le dije a Bishop que quizá me fuera posible llevarme al hombre y al otro barbadense cuando me marchara, pero que no estaba en absoluto seguro de lo que podría hacer por la «esposa» india; los agentes de aquí podrían quedarse con ella, ya que es peruana y yo no puedo hacer nada por este asunto.

Macedo está aún más asustado! ¡Vaya situación! Aquí, desde el principio, nos enfrentamos cara a cara con graves dificultades y parece que no hay salida. Cualquier interrogatorio fiel a la verdad que se haga a estos cinco barbadenses aquí en La Chorrera forzosamente sacará a la luz una situación que no puede tolerarse abiertamente, por lo que Tizón y Macedo harán creer enseguida que las pruebas sobre irregularidades (de las que ellos no tendrían conocimiento) son tan graves que un tribunal peruano debería investigar los cargos. Si, por el contrario, yo les insinúo a los barbadenses que sólo voy a hacer una investigación superficial, sobre si son felices, si sienten que les tratan bien o si están angustiados, etc., ellos podrían responder sinceramente, pero así nada real saldría a la luz, lo que pondría fin a las pruebas que tienen para llevar a cabo cualquier intento de reforma útil. Si, en cambio, incito a los hombres a que digan lo que realmente piensan, bajo la promesa de protegerlos, es evidente que Macedo se vería implicado en las acusaciones y sin duda muchos otros que se encuentran en las secciones en este momento, y yo no podría fingir que mi investigación había sido del todo grata. Además, puede que Tizón o Macedo quieran estar presentes, y yo he pensado desde el principio que uno u otro debería estar presente, en cuyo caso empezarían los problemas al instante y estos barbadenses se verían prácticamente bajo arresto o amenazas veladas —tal vez incluso algo peor—, a menos que me

lleve a todos conmigo, e incluso en ese caso existe un auténtico peligro de que Tizón o Macedo escriban a Iquitos para que se realice desde allí «una investigación» y tomen declaración a todos los hombres cuando lleguen.

De hecho, una cosa está clara: ¿de qué clase de «investigación» se trataría? Obviamente, una dirigida exclusivamente a proteger a Macedo y compañía y que por tanto inculpe a los barbadenses. Ellos serían los chivos expiatorios, tanto para justificar a Macedo como para exculpar a las autoridades peruanas, y también para destruir cualquier prueba existente de los crímenes masivos que se han consentido durante años en esta triste región.

Uno está rodeado de criminales por todos lados: el anfitrión que preside la mesa es un cobarde asesino, también los chicos que te atienden y todos los demás. Continuar por este distrito finjiendo que a uno lo han engañado y dando por bueno el significado que supuestamente tienen las cosas que uno ve, acabará en saco roto, pues después no podremos presentar como prueba digna de confianza los cuentos y las historias que nos han contado de manera confidencial mientras unos hombres vigilaban que no hubiera espías y nos comportábamos como si nosotros fuéramos los criminales que tienen miedo de que los descubran. Y, sin embargo, si no obramos así, muy pronto estaremos en un callejón sin salida, pues es evidente que estos hombres, culpables y malvados como ellos

mismos saben que son, no van a sentarse de brazos cruzados al ver cómo crecen sin cesar los cargos horribles que tenemos contra ellos. Actuarán para protegerse a sí mismos y esta maniobra claramente adoptará una forma única, a saber, la «acusación» de los barbadenses, o se dirá que como se inculpa de cargos tan importantes a la Comisión —y a mí mismo— es la obligación de un tribunal peruano de investigación esclarecer estas acusaciones, cosa que nos llevaría de nuevo al mismo punto.

Se embaucará y aterrorizará a los barbadenses para que lo desmientan todo; de hecho, bastaría con que los encerrarán en Iquitos para demostrar mi entera incapacidad para protegerlos de que el tribunal de investigación los obligue a decir lo que quiera.

Así que aquí me encuentro, con el reloj que marca las 15:00, mientras espero que llegue el momento de interrogar a los trabajadores barbadenses de este bastión de maldad. ¿Cómo será? ¿Un auténtico interrogatorio en el que se traten sus relaciones con la Compañía y las tareas que les han encomendado, o una simple farsa que me permita «salvar el tipo» y asegurarle a Tizón que los hombres «parecen contentos, y todos dicen que se les trata bien y que les pagan como es debido» etc.?

Decir esto último, o algo semejante, sería irrevocable. Por otro lado, yo no puedo guardar completo silencio, ni

tampoco los propios hombres, al menos no todos ellos. Uno u otro, quizás el cocinero («que tiene 200 £ en su haber») le dirá a Macedo qué clase de preguntas les hace el cónsul; y todavía me queda la duda de si sería lo correcto, en sentido amplio, que invite a Macedo o a Tizón para que estén presentes, tal y como voy a invitar a Barnes.



*EN LA CHORRERA,  
23 DE SEPTIEMBRE, 1910*

18:00 - Después de mi entrevista con los cinco barbadenses, en presencia de Barnes y Tizón.

19:00 - Decidí invitar al señor Tizón y que fuera él quien estuviese presente cuando entrevisté a los barbadenses: era el mal menor. Consulté también al señor Barnes y, así reunidos, los hice entrar de uno en uno. La habitación tenía la puerta abierta a la galería principal del edificio. El *señor* Macedo vino y se plantó en la puerta durante un rato, pero, como no hice ningún gesto para invitarle a entrar, se tuvo que marchar y estuvo paseando por la galería, arriba y abajo, durante la mayor parte del tiempo.

Los barbadenses que estuvieron presentes fueron los siguientes:

Nº. 1. Un mentiroso: Donald Francis, contratado en 1905. Mintió de principio a fin.

Nº. 2. Uno que no dijo nada: Philip Bertie Lawrence (jamaicano), contratado por Juan B. Vega como criado cocinero en La Chorrera. Ha estado en La Chorrera todo el tiempo.

Nº. 3. Uno que había visto poco: Seaford Greenidge. Panadero en La Chorrera. Contratado en 1904. Recibe buen trato y es un hombre de confianza. Ha ahorrado más de 100 £. Sólo estuvo una vez fuera de La Chorrera y esto fue a finales de 1904 y a comienzos de 1905, cuando estuvo en Matanzas. Allí vio a Cyril Atkins disparar a la mujer india. Desde entonces siempre ha estado en La Chorrera.

Nº. 4. Uno que había visto mucho y así lo contó: James Chase. Contratado en 1904. En secciones y habitualmente en comisiones. Testigo de azotes y asesinatos hasta hace muy poco tiempo.

Nº. 5. Uno que había visto mucho y así lo contó: Stanley Sealy (o Sily). Contratado en 1905. Habitualmente en comisiones y ha recibido él mismo azotes por no traer caucho.

Si el *señor* Tizón no hubiera estado presente, estoy seguro de que habrían hablado mucho más, especialmente Francis, el primer testigo.

Bishop me asegura que este hombre sabe muchas cosas y está claro que no ha podido estar en Matanzas, una de las peores estaciones, durante un año y nueve meses «plantando *yuca*» simplemente y «protegiéndose de los malvados indios salvajes». Se marcha en diciembre.

Bertie Lawrence, el cocinero, parecía un muchacho decente y, como ha estado todo el tiempo aquí en La Chorrera, puede ser que haya visto muy pocas cosas, aunque es obvio que incluso aquí se ha azotado a los indios y el *cepo* ha podido verse hasta no hace mucho tiempo. Se marcha en diciembre.

Estaba claro que el panadero no dijo toda la verdad. Intentó responder a las preguntas de la manera más escueta posible. Es evidente que ha recibido buen trato, que ha ganado dinero con su trabajo y que quiere marcharse en diciembre con todas sus ganancias, sin problemas o retrasos por posibles investigaciones en Iquitos o en cualquier otro lugar.

Los dos últimos testigos, Chase y Sealy, hablaron claro, y este último afirmó —con una timidez tal que hasta daba pena y lo hacía incluso más creíble— que había visto indios asesinados a tiros y azotados hasta la muerte —que en realidad no morían en el momento, pero sí muy poco tiempo después

de recibir los latigazos— y a los que habían disparado, tanto después de los latigazos como sin haber recibido los azotes. Aunque el *señor* Tizón interrumpió varias veces durante esta parte, el hombre se mantuvo bastante firme en sus declaraciones y cuando le preguntamos si actualmente se azotaba a los indios en Abisinia, dijo que sí, y para satisfacer al *señor* Tizón, que intervino, manifestó que las cosas «no estaban tan mal» como antes, pero que aun así él había visto azotar a indios hasta hacía muy poco, y siempre por el mismo delito: no traer caucho o no traer suficiente.

En mi opinión, su testimonio fue muy convincente, y también lo fue para Barnes, aunque él piense que no decía la verdad cuando dijo que él mismo nunca había azotado a nadie. Estoy de acuerdo con él. Creo que es muy probable que él haya tenido que azotar a indios, pero se avergüenza de confesarlo. Esto ya llegará. No debemos olvidar que este hombre se encuentra en una situación muy difícil. No tiene dinero, incluso puede que deba dinero a la Compañía, ahora está enfermo, lleva los pies vendados, y acaba de llegar de una sección en la que el clima moral es uno de los peores de toda esta tierra de crimen.

El quinto y último testigo, Sealy, habló de principio a fin como un auténtico hombre y su cara de negro feo se granjeó la simpatía de mi corazón; se movía de un lado para otro, enlazando y desenlazando los dedos de las manos, pero

la cruda verdad salió de su boca. Sí, él mismo ha azotado a indios —muchas veces, muchísimas veces— en Abisinia; en Sabana lo hacía siempre porque se lo ordenaba el jefe, que era quien decidía a qué indio se debía azotar. Siempre era por no traer caucho: algunos recibían 25 latigazos, otros 12, otros 6, e incluso algunos sólo 2; dependía de si el caucho era «poco». Los indios «se tumban» y reciben los azotes. «Como los perros, ¿eh?», añadió yo. Se les hería la espalda, o más bien las nalgas, a menudo con cortes importantes. Así es como la espantosa historia iba saliendo a la luz. Los indios no estaban contentos y traían el caucho porque tenían miedo. Obtenían comida «en las secciones», pero no cuando recogían el caucho en la selva. Él había visto mujeres a las que habían azotado como a los hombres y en Sabana a un niño al que también habían azotado.

Cuando este último testigo se marchó, le dije al *señor* Tizón casi todo lo que pensaba sobre lo que había contado y él tuvo que admitir que era horrible e ignominioso y que debía erradicarse, pero que no todas las estaciones eran como Sabana y Abisinia.